



diferentes elementos que domina ó dirige; habiéndolas tambien en que sumergida en el fondo de la sociedad, no se presenta de bulto ni figura á los ojos de los observadores superficiales como poder de gran valía; pero no os alucinen engañosas apariencias, no juzguéis de la fuerza de las cosas por el ruido que meten y el oropel que ostentan; calad en las entrañas del cuerpo social, analizad los móviles secretos, las causas indirectas, y descubriéis que la influencia de los ministros de la religion era todavía muy fuerte y estensa, cuando quizás os imaginábais que habia desaparecido del todo. Las formas bajo las cuales se presenta, son muy varias; los modos de ejercer su accion, muy distintos; pero cambiando de formas no se anonada, empleando de otra suerte sus medios, no los abdicca ni pierde. Echad una ojeada sobre la historia y recoged su enseñanza. Allá en la infancia de las sociedades sirve la influencia del ministerio religioso á confirmar y consolidar la autoridad doméstica, reuniendo en una misma persona los dos venerables caracteres de padre y de sacerdote; desenvueltas y complicadas las relaciones sociales, tal vez contribuye á la estension y afianzamiento del poder de una familia que ha logrado investirse de los derechos del gobierno civil y de las prerogativas del sacerdocio; tal vez se le emplea para asegurar á una casta privilegiada un rango distinguido en la sociedad, un decisivo influjo en los negocios del Estado, y un pingüe patrimonio de honores, consideraciones y riquezas; tal vez se presenta formando una clase que contrabalancea el poderío de otras clases, sin monopolizar en una familia ni en una casta los beneficios y prerogativas de que disfruta; tal vez se ofrece destituida de todos los apoyos que suministrarle pueden los medios puramente humanos, y ejerciendo únicamente su accion directa sobre el entendimiento y la voluntad; accion que se estiendo luego en diversos sentidos, y que manifiesta poderosamente su fuerza fecundante, como agua que se filtra en las entrañas de la tierra, como suave calor que fertiliza los campos; pero ya sea bajo una forma ó bajo otra, con mas ó menos estension, con mayor ó menor eficacia, con estos ó aquellos resultados, la influencia existe siempre, el ministerio religioso no es ni puede ser una cosa indiferente en la vida de la sociedad. Acontece á menudo escribirse la historia de un pueblo, y no hacer figurar en ella la religion sino como cosa muy secundaria; de manera, que refiriéndose cien y cien usos y costumbres mas ó menos interesantes, describiéndose los pormenores de las batallas, las vicisitudes de las guerras, los cambios políticos con las mudanzas de instituciones y dinastías, el progreso ó la decadencia de las ciencias, de las artes, del comercio, y buscándose en este conjunto

las causas de la pujanza ó del abatimiento, y de la prosperidad ó desgracia de las naciones, no se para debidamente la atencion en las ideas religiosas, en las modificaciones que anduvieron sufriendo, y en los inmensos resultados que de esto suelen dimanar; de lo que proviene que los pueblos escaminados quedan desconocidos, que solo se ve la corteza de las cosas, que se presencian los sucesos y no se atinan las causas, y que bajo las apariencias de un análisis filosófico-histórico, se nos presentan los sueños de la imaginacion de un escritor. En toda historia debiera figurar en primera línea el cuadro de las ideas y costumbres que ó formaban el cuerpo de la religion, ó eran su inmediata consecuencia; narrándose muy circunstanciadamente las vicisitudes que sufriera la influencia de sus ministros. Porque es menester advertir, que la causa de éstos no se separa tan fácilmente de la de aquella; el ascendiente de ésta, puede ser muy bien calculado por el de la clase que es su órgano y representante.

General ha sido la influencia de los ministros de la religion; y si investigamos la causa de este fenómeno, no nos será difícil encontrarla, en que siendo la religion un hecho comun á todos los tiempos y países, y que por su propia naturaleza tanto influye sobre los ánimos de los hombres, es imposible que los ministros de ella no participen de aquella fuerza y eficacia entrañadas en las creencias, en los preceptos, en los actos de que son ellos los maestros, los órganos, los directores y principales ejecutores. Si hallarse pudiera un pueblo donde no existiese la religion, allí faltaria esta influencia; pero siendo imposible lo primero, lo es en el mismo grado lo segundo. Vano es el intento de ahogar el sentimiento religioso, destructible en la humanidad, como identificado en cierto modo con la existencia de ella. Si no se deja á los pueblos la religion verdadera, seguirán otra falsa; y si el nombre de religion se destierra, se escogitarán otros nombres que espresarán la misma cosa. ¿No se ha reparado en el raro fenómeno que estamos viendo, en pueblos donde la incredulidad ha hecho sus estragos? En Paris, por ejemplo, donde por cierto no es mucho el ascendiente de las ideas religiosas, encontrareis las supersticiones mas ridiculas; y mugeres y hombres que quizás no creen en Dios, escuchan silenciosos y recogidos las predicciones de un charlatan, que especulando sobre la credulidad, pronostica los acontecimientos futuros que decidirán el destino de los individuos y de las familias. ¿Cosa notable! el mismo hombre, que extraviado por las funestas doctrinas de Voltaire y de otros de sus discípulos mas ó menos encubiertos, abandonó la religion de sus mayores, y en nombre de la ilustracion protesta con-

tra la enseñanza de todos los siglos, y desprecia las altas verdades confirmadas con todo linaje de pruebas, cree en la divinidad de miserables impostores, en días infaustos y en otras semejantes ridiculeces. ¿Y sabéis qué significan esas extrañas anomalías? Significan que no le es dado al hombre ceñirse al breve espacio de esta vida, á los estrechos límites de la tierra: una voz íntima le está diciendo que no acaba todo aquí, que no está todo aquí, que hay otro órden de seres, otra manera de existir, otra vida, otro mundo; y perdida la luminosa antorcha que le guiaba por el camino de la verdad, anda á oscuras, á tientas, formándose ídolos de madera, despues de haber abandonado el culto del Dios vivo. Por esto se inclina fácilmente á creer que hay hombres privilegiados, cuya provisión alcanza á donde no llega la de los otros hombres; por esto se imagina que hay combinaciones misteriosas que revelan los secretos del porvenir; por esto acude á un impostor, en falta del sacerdote del Dios verdadero.

Esto mismo demuestra con cuánta razón estamos encareciendo la influencia religiosa, pues que indica que en faltándole al hombre sacerdotes, él propio se los forma, prestándose á seguir al primero que se presenta á dirigirle. ¿Qué importa que tengan este ó aquel nombre? El origen es idéntico, y el fanatismo y la superstición no son mas que el sentimiento religioso estraviado.

No reclamamos para los ministros de la religion mayor influencia de la que les corresponde, y no deseamos ni conceptuamos posible que gran parte de los negocios de la sociedad vayan á parar á sus manos, como se verificaba en otros tiempos donde mediaban circunstancias totalmente distintas; pero no consentimos la ceguera de aquellos hombres, que no contentos con la decadencia sufrida en los últimos siglos por el clero, se han empeñado en falsear la historia, señalando como un hecho funesto y altamente dañoso á los intereses de la sociedad, este influjo de los ministros de la religion, donde quiera que le han encontrado, y bajo cualquier título que se haya ejercido. A estos que así desconocen la historia de la humanidad, que así prescindén de la influencia de los ministros de la religion en el curso de los acontecimientos que engendraron y desarrollaron las diferentes civilizaciones, y que de tal suerte han hablado de la religion, cual si dado fuera á los pueblos el pasar sin ella, podríamos recordarles, entre otros pasajes de la antigüedad pagana, aquellas graves palabras de Plutarco, cuando redarguyendo á un filósofo epicúreo, le decía: "Si recorres el orbe todo, encontrarás ciudades sin letras, sin rey, sin casas, sin moneda, sin teatro, sin escuelas; pero nadie la halló ni la hallará jamas sin templos, sin dio-

ses; que no ore, no jure, no consulte á los oráculos, no ofrezca libaciones y sacrificios, ya para atraerse los bienes, ya para desviar los males. Mas fácil juzgo edificar una ciudad sin suelo, que no fundar ni conservar una sociedad, faltando la fé en los dioses."

Conocida fué en todos tiempos la influencia que estamos ponderando, y favorecida ó contrariada, segun la variedad de circunstancias; pero mehester es confesar que el clero católico ha presentado en esta parte algo de propio y característico, que en vano se buscaria en los ministros de otra religion. Dos causas han contribuido al aumento de la influencia del clero católico, y á que se mostrase mas de bulto á los que la miraban con suspicacia ó la solicitaban como un apoyo y reclamaban su auxilio: hablamos de la independencia de dicho clero en todo lo concerniente á los asuntos espirituales, y de su íntima comunicacion con la conciencia y la vida de los fieles.

La independencia del ministerio católico en los negocios de su incumbencia, ha sido en todas épocas la pesadilla, por decirlo así, de los gobiernos arbitrarios; ora hayan ejercido esta arbitrariedad bajo la forma del despotismo ministerial, ora se hayan disfrazado con distinto trago mas ó menos seductor. Leed la historia de los primeros siglos de la Iglesia, despues de la conversion de los emperadores, y notareis que el górmén de gravísimos males que la afiigen, se halla en buena parte, en el prurito de entremetarse la potestad civil en las atribuciones de la eclesiástica, en que no recordaban cual debian, aquellas inmortales palabras con que el grande obispo español, Osio, interpelaba al emperador Constante: "He dado testimonio, le decía, de mi fé, en la persecucion de nuestro abuelo Maximiano; y si os preparais á repetir la misma prueba, estoy pronto á sufrir todos los tormentos antes que faltar á la verdad manciando mi inocencia. No intervengan vuestros gobernadores en las decisiones de la Iglesia; dejad de desterrar á los obispos, cuyo crimen, á vuestros ojos, consiste en no prestarse á los abusos. ¿Acaso vuestro augusto hermano hizo nunca cosa semejante? No olvideis, emperador, de que á pesar de este magnífico título, no dejais de ser hombre, ni estais menos sujeto á la muerte. Temed la eternidad. No os mezcléis en las cosas eclesiásticas; en esta materia no teneis órdenes que darnos, antes bien debéis recibirlas de nosotros. El Señor os ha entregado las riendas del imperio, y á los obispos el gobierno de la Iglesia; y así como quebrantaríamos el órden de Dios si atentásemos á usurpar vuestro poder, del mismo modo no podeis apropiaros, sin pecar, lo que nos pertenece."

Este grande obispo parecia presentar las calamidades que á la Iglesia habia de acarrear la manía teológica de los emperadores de

Oriente, atacando la independencia de los ministros de la religion, en el punto mas delicado, que es el del dogma. No se crea, sin embargo, que sea indiferente esta independencia cuando se refiere solo á la disciplina; un abismo llama otro abismo, y quien se arroga hoy el derecho de formar un reglamento, mañana no tendrá tanta dificultad en formular una decision dogmática.

Es curioso observar cómo hablan algunos del dogma y de la disciplina, cual si fueran dos cosas tan separadas y distantes, que no se tocasen jamas en ningun punto. Si se trata de señalar las facultades de la autoridad eclesiástica, se las conceden ilimitadas en materia de dogma; pero muy circunscritas en lo tocante á la disciplina; y como dividida ésta por algunos en interna y esterna, se presta elásticamente á cuanto exigen los enemigos de la Iglesia, se otorgan al poder espiritual tan escasas facultades, que ó se le reduce de golpe á la nada, ó si algo se le deja, es de tal modo, que se vea precisado á perderlo al primer ataque de sus adversarios.

Es muy importante no perder de vista que el dogma y la disciplina, si bien son cosas distintas, sin embargo, se enlazan en tantos puntos, que difícilmente se toca mucho en ésta, sin que se resienta tambien aquel. La eleccion y confirmacion de los obispos, es asunto de disciplina; pero de seguro que no se puede tocar en ello sin conmover el dogma. En efecto: cambiada esta disciplina, seguid los consejos de los que pretenden que aquí no se interesa el dogma, y veréis como os encontráis desde luego con el primado del Sumo Pontífice, uno de los dogmas fundamentales del Catolicismo. El asunto de las dispensas pertenece tambien á la disciplina; pero de tal suerte, que se liga tambien intimamente con el dogma que acabamos de indicar. Mil y mil ejemplos podrian aducirse en confirmacion de esta verdad; pero basta lo que se acaba de decir, para dejar fuera de duda que la independencia de la Iglesia en negocios de disciplina, está intimamente enlazada con su independencia en materias de dogma.

La religion, que no asienta por uno de sus principios fundamentales la independencia de sus ministros en lo tocante al ejercicio de las funciones que les pertenecen, no alcanzará jamas á procurarles tanta influencia, como otra que esté asentada sobre este firme y anchuroso cimiento. A la verdad, cuando los ministros de la religion se encuentran sujetos á un poder de orden diferente, sin que puedan llenar sus atribuciones privativas de otra manera que resignándose á ser los instrumentos de dicho poder, abdican en cierto modo su carácter religioso; y lejos de presentarse á los ojos del pueblo como enviados de Dios, solo se le muestran cual delegados de los hom-

bres. Desde entonces cesa la principal causa de la eficacia, del influjo religioso, que es el que este influjo se considera como una emanacion del poder divino, y los hombres que le ejercen como órganos de la voluntad del cielo. En el caso en que los ministros de la religion han perdido su independencia, la parte principal de la fuerza religiosa no queda en manos de ellos, sino de aquel que los domina y dirige; por cuyo motivo sucede que esta influencia se debilita considerablemente, y lo que de ella queda, el poder civil es quien lo absorbe y explota.

Y es de notar, que aun al mismo poder civil le sirve muy poco esta influencia; hállase dislocada, fuera de su elemento, y por consiguiente muy escasa de accion y de vida. Hay en este punto una diferencia muy señalada entre el cristianismo y las demas religiones: éstas se prestan mas ó menos á la autoridad y direccion del poder civil; pero el cristianismo no: el cristianismo por sus dogmas, por sus leyes, por su origen, por la manera de su propagacion, por su historia entera, es independiente, no puede existir sin esa independencia, y en el momento que le falta, echa menos desde luego una condicion necesaria para su vida. Hasta en las sectas separadas se observa este instinto, que les recuerda el seno de que se desprendieron; pero rebeldes á la autoridad establecida por el Divino Maestro, sufren la merecida pena de la esclavitud bajo una mano estrangera.

En la cátedra de San Pedro, columna de la verdad, roca inmóvil sobre la cual está edificada la Iglesia; contra la que no prevalecerán las puertas del infierno: en esa cátedra donde no solo se conserva intacto el depósito de la fé, sino tambien un caudal de sabiduría y prudencia que tanto tino y acierto le ha dado en su conducta en el tormentoso trascurso de diez y ocho siglos de contrariedades y combates; en esta cátedra, repetimos, se ha conocido de una manera admirable lo que significa y vale la independencia; y así es que los Papas han empleado siempre todos sus esfuerzos en conservarla, teniendo aquí su origen la mayor parte de las ruidosas cuestiones que se han debatido entre ellos y los reyes.

A mas de lo arriba indicado con respecto á los emperadores romanos, podemos observar que el mismo fenómeno acontecido en aquella época, se ha reproducido en los siglos posteriores bajo diversas formas y con varios pretestos. Un instinto fatal ha guiado en esta parte á todos los gobiernos que propendian al despotismo: todos trataron de debilitar la influencia del clero en cuanto formaba un cuerpo independiente, procurando absorberla toda, reuniendo en manos del poder civil la supremacia eclesiástica. En los siglos me-

dios vemos las ruidosas contiendas de los emperadores con los Papas, ó valiéndonos de los términos usuales, las guerras del sacerdocio con el imperio. Si cesaminamos á fondo aquellos acontecimientos, si dejando aparte sucesos inconducentes y aislados, fijamos nuestra atención sobre lo que de sí arroja el conjunto de los hechos, veremos que lo que se agita en el fondo es, si el poder eclesiástico ha de quedar ó no independiente en el ejercicio de sus atribuciones, pudiéndose levantar al lado del civil como amigo y aliado, ó si se le ha de sujetar como el esclavo á su señor. No es este el lugar, ni lo consentirían tampoco los límites de un artículo, de confirmar con abundancia de pruebas históricas la proposición que acabamos de emitir; pero recuérdese la famosa cuestión de las investiduras, téngase presente que la filosofía de la historia, mas cuerda é imparcial que el espíritu de secta y de incredulidad, ha justificado ya, y va justificando cada día mas al gran Papa Gregorio VII, y á otros de sus sucesores, que imitaron el heroico ejemplo de aquel hombre extraordinario; téngase presente que se ha reconocido ya con cuánta sinrazon se escandalizaban algunos de que se hubiese colocado sobre los altares á un Papa mirado por ellos como temerario y poco menos que insensato; no se olvide que aun los mismos enemigos de la Santa Sede, confiesan en la actualidad la justicia y la prudencia de la conducta de tan calumniados Pontífices, y entonces se verá que no era la ambicion de los Papas la causa de las discordias y calamidades acarreadas por aquellas desavenencias, sino las tentativas del poder civil, que olvidado de sus deberes y hasta de sus intereses, se empeñaba en engrandecerse apoderándose de toda la influencia religiosa, lo que pensaba conseguir arrogándose las facultades de la autoridad eclesiástica, dando así por el pie á la independencia de la Iglesia.

¡Qué hubiera sido de ésta si en los calamitosos tiempos que corrian, se hubiese mostrado débil la silla de Roma en el sostén de la independencia eclesiástica! La simonía, este vicio, por desgracia tan comun en aquella época, habria hecho todavía mayores estragos, y las dignidades y la jurisdiccion de la Iglesia, se hubieran librado como en pública subasta al mayor postor. No fueran entonces patrimonio de la ciencia y de la virtud, sino mercadería comprada con dinero, y la Iglesia hubiera llorado inútilmente su decadencia motivada por un mal que en tal caso careciera de remedio. El valor y la firmeza de los Papas en sostener las atribuciones de la autoridad espiritual, previnieron un daño de tanta trascendencia; los usurpadores tuvieron que cejar en su empresa, tan temeraria como injusta; y usando el poder eclesiástico de sus facultades con mayor

libertad, pudo atender á la curacion de un mal cuyos progresos, se habian hecho ya tan alarmantes.

La opinion que acabamos de manifestar sobre las causas de las ruidosas desavenencias entre el sacerdocio y el imperio, en nada excluye otra causa que algunos han señalado ya, cual es el empeño de los Papas en salvar la independencia de la Italia, amenazada y atacada por los emperadores. Hechos de tal naturaleza, rara vez dimanar de una causa sola: siendo poco menos que imposible el dejar de combinarse en su produccion agentes de distintos órdenes, y de mayor ó menor eficacia. Pero el que mediaran otras causas, no quita que una de las principales no fuese la necesidad de resistir los Papas al poder civil, obstinado en atribuirse facultades que solo pertenecian á la autoridad eclesiástica.

Quando la revolucion religiosa del siglo XVI vino á torcer el curso de las sociedades europeas, llevándolas por el camino del cisma, se manifestó este instinto del poder civil de una manera lamentable, en todos aquellos países donde prevalecer pudo la malhadada reforma. Una de las causas que le dieron al protestantismo mas extension y apoyo, fué su sistema de lisonja en favor del poder civil, atribuyéndole sobre los negocios eclesiásticos, facultades que no le competian de ninguna manera. Prescindiendo de lo que sucedió en Alemania, notamos que en Inglaterra se presentó de bulto el fenómeno, erigiendo los novadores un nuevo pontificado supremo, para investir con él al gefe del Estado. Enrique VIII, declarándose cabeza de la Iglesia anglicana, y sostenido en su usurpacion sacrilega por los corifeos del cisma introducido en aquella nacion, es una prueba evidente del espíritu que en esta parte guiaba al protestantismo; y ademas, un escarmiento para los ministros de la religion, que abdicando su dignidad, inseparable de la independencia, se sometan á desmesuradas é injustas esigencias del poder civil, constituyéndose sus instrumentos. Desde la época de la reforma, el clero anglicano ha ido perdiendo sin cesar su influencia y ascendiente, hasta el punto de haber llegado en la actualidad á no tener apenas otra fuerza, que la que saca de sus cuantiosos bienes, y de la parte que le cabe en la organizacion política.

Muy al contrario ha sucedido con el clero católico en los diferentes puntos de Europa: se han cambiado ó modificado las ideas, han sobrevenido vicisitudes y trastornos; pero la influencia del clero ha continuado siendo mucha todavia, á pesar de los quebrantos que ha sufrido en el trascurso de los años, y con el sacudimiento de las revoluciones.

Echese una ojeada sobre la historia entera, recórranse los diferen-

tes cultos no cristianos y las varias sectas no católicas, y es bien seguro que no se encontrarán ministros de una religión que por este solo carácter hayan ejercido una influencia tan general y eficaz, á pesar de los multiplicados obstáculos con que se han visto precisados á luchar. No ignoramos que en algunas naciones, así antiguas como modernas, existieron clases privilegiadas, que reuniendo á otras prerogativas de del ministerio religioso, disfrutaban de alta preponderancia en todos los negocios de la sociedad; pero menester es advertir que el clero católico ha conseguido lo mismo, no solo en aquellos países donde la organización social y política le era favorable, sino también allí donde le era contraria! Por manera, que puede establecerse como regla general, que el clero católico es siempre, ó bien objeto de mucha consideración y respeto, lo que pone naturalmente en sus manos mil y mil medios de influir sobre la sociedad, ó bien es mirado con suspicacia y ojeriza, cuando no abiertamente perseguido. No se le ve nunca sumido en aquella abyección en que caen los ministros de otras religiones; si en algunos momentos ha podido parecer que así sucedía, bien pronto han venido los sucesos á desvanecer el engaño.

Si bien se observa, esta influencia no ha desaparecido nunca, ni aun en medio de la mas deshecha borrascas, cuando parecía no haber quedado de ella el rastro mas mínimo. ¿Qué tormenta mas espantosa cabe imaginar que la revolución francesa? ¿dónde se dió jamás tan recio empuje á todas las instituciones existentes, siendo uno de los principales blancos el clero católico? ¿dónde se vieron jamás tan escandalosos ejemplos de impiedad y ateísmo, derribando los altares y los templos, ó profanándolos hasta un punto que la pluma se resiste á describir? ¿quién hubiera dicho que existiese todavía la influencia del clero en Francia, durante el periodo de la Convención? y sin embargo, esta influencia existía: oculta en las entrañas de la sociedad y privada de presentarse en la superficie, no dejaba de producir sus efectos, y aun bajo la férrea mano de la mas sanguinaria tiranía, se reservaba mostrarse de nuevo, cuando la Providencia, apiadada de la Francia, le deparase dias mas bonancibles. Observad lo que sucede cuando fatigada aquella nación de tantos cadalsos, de tantas persecuciones y destierros, de tantos disturbios y trastornos, se arroja en brazos del primer cónsul pidiéndole tranquilidad y sosiego. El afortunado general, levantado á la cumbre del poder en brazos de aquel mismo pueblo que hundiera el trono de sus reyes apellidando libertad, echa apenas una ojeada sobre la sociedad que le rodea y cuya suerte se le ha encomendado, cuando lo primero que descubre su vista de águila, es la necesidad de llamar en su

apoyo y auxilio en la grande obra de la reorganización de la Francia, la influencia del clero católico; anduvo en esta parte tan atinado el primer cónsul, que jamás se arrepintió de semejante conducta, á pesar de que sus posteriores desavenencias con el Papa, parecían haber podido cambiar su modo de ver las cosas. El restablecimiento de la religión católica en Francia, intentado y llevado á cabo por Bonaparte en el momento de proponerse crear un gobierno fuerte y conciliador, es un claro indicio de lo mucho que pesaba todavía en la balanza política la influencia del clero; porque es menester no olvidar, que si bien es cierto que Bonaparte levantó del suelo los altares, abrió de nuevo los templos y apoyó y sostuvo con su poderoso brazo á ese mismo clero poco antes perseguido y proscrito, no por esto se infiere que él crease esa misma influencia, ni que le diese nueva vida. Lo que hizo fué dejarle espedito el camino para que pudiese obrar abiertamente; pero no le dió nueva existencia, pues que una influencia semejante no se crea con un decreto, ni se establece con un reglamento; ó está en la misma naturaleza de las cosas anteriormente á la voluntad de un hombre, ó no puede producirse por ningún medio repentino, sea cual fuere la inteligencia que le conciba y la mano que le ejecute. Tan cierto es lo que estamos diciendo, que dicha influencia existía en el fondo de la sociedad francesa, por mas que no pareciese haber dejado ni siquiera vestigios; que tan luego como se le dió camino para mostrarse, se presentó derepente con tal poderío, que los discípulos de Voltaire se llenaron de asombro y espanto. La reacción religiosa verificada en aquella época fué tan grande, que cambió como por encanto la faz de la nación; pareciendo imposible que con tan plausibles resultados y con tanta facilidad se pasase de un extremo á otro, en un pueblo donde se acababan de presenciar tan inauditos escándalos, que fueran hasta ridiculos si no hubieran sido horriblemente sacrílegos. Fenómeno tanto mas extraño, cuanto los atentados cometidos contra la religión, no habían sido golpes repentinos descargados por sorpresa, sino largamente preparados con las doctrinas de una funesta escuela que había estado señoreando la Francia durante medio siglo. Ni la pluma del sofista, ni el hieppo del perseguidor, y alcanzando triunfos mayores de lo que se prometían jamás los enemigos de la Iglesia, no bastaron á extirpar esa religión divina, que sostenida por la diestra del Omnipotente, puede desafiar todas las fuerzas del infierno; y la calumnia y el ridiculo, y la pobreza y la persecución que tan cruelmente pesaron sobre el clero en aquellos calamitosos tiempos, no fueron suficientes á desvirtuarle hasta tal punto, que cuando se trató de reorganizar una nación disuelta,

no se le considerase todavía como uno de los principales elementos de que debiera echarse mano.

Tanta verdad es lo que hemos dicho sobre el profundo arraigo de la influencia del clero católico en aquellos países, donde por largo tiempo ha podido establecerse, dado que no alcanzan á destruirla tan terribles sacudimientos; y tan exacto es lo que llevamos asentado de que una de las causas de tan poderosa influencia es el ser el clero católico independiente en las atribuciones de su ministerio, que el restablecimiento de dicha influencia, ó por mejor decir, su manifestacion, coincidió con el arreglo de los negocios eclesiásticos por medio de un concordato, en cuyo acto se consignaba de una manera esplicita y terminante, el principio de la independencia de la Iglesia, recurriendo á su jefe supremo para la solucion de todas las dificultades, y un definitivo acuerdo que enlazara con lo pasado, lo presente y lo venidero.

Así dispuso la Providencia, que la misma revolucion que tenia por uno de sus principales objetos el consumir el descrédito y ruina de la influencia católica en Francia, sirviese para evidenciar cuán impotentes eran los esfuerzos del hombre contra la voluntad de Dios; así quiso el Eterno que el hombre mismo que surgió del seno de la revolucion y que la llevó triunfante por los cuatro ángulos de Europa, ese mismo hombre diera á los gobiernos y á los pueblos la inolvidable lección de que la religion es la primera necesidad de los pueblos; de que solo ella puede reorganizar las sociedades disueltas; de que una nacion formada bajo la acción del Catolicismo, necesita volver á él aun despues de los mayores trastornos; y de que, en fin, no es posible alcanzar en estas materias ningun resultado satisfactorio, sin ponerse de acuerdo con el Sumo Pontífice. ¿Qué importan los desaciertos cometidos posteriormente por ese mismo hombre, cuando ciego de orgullo y desalentado con tanta fortuna, marchaba rápidamente al precipicio? ¿Qué vale para desvirtuar las reflexiones que estamos haciendo, el que olvidando su primitiva política y las causas de su encumbramiento y consolidacion, se arrobase con inconcebible desacierto á eclipsar su gloria y preparar su ruina? Tan lejos de que por esto se debilite la fuerza de nuestros asertos, se confirman, al contrario, más y más; pues que así como su anterior conducta le habia ensalzado hasta un punto que parecia fabuloso si no fuera tan reciente, así sus últimos errores y atentados le condujeron á Santa Elena.

La historia y la experiencia nos están diciendo, que en ningun pais del mundo ha sido mirada con desprecio la influencia del clero católico, ni considerada como cosa de poco valer. O ha sido ha-

lagada y buscada con solicitud, ó mirada con suspicacia, cuando no con aversion; lo que muestra bien claro cuánta es la fuerza que en sí propia entraña, cuando unánimes la reconocen amigos y enemigos.

Observad lo sucedido en Inglaterra. Desde el cisma de Enrique VIII hasta nuestros dias, ha continuado más ó menos violenta, más ó menos desembarazada, la persecucion contra el clero católico y cuanto tuviera relacion con el aumento de su ascendiente; y si bien en la actualidad se ha mejorado considerablemente la situacion del Catolicismo en aquel pais, no se debe á la condescendencia y benignidad del gobierno, sino á la extraordinaria reaccion que allí se está verificando en favor de las doctrinas católicas; reaccion que combinándose felizmente con la situacion política de Irlanda, ha inclinado á los gobernantes á que otorgasen lo que no les era posible negar. Cuando el ruidoso negocio de la emancipacion de los católicos, se vió con toda evidencia cuánta importancia se daba á todo lo concerniente á esta materia; pues que una medida reclamada por la sana política, dictada por la prudencia é imperiosamente exigida por el espíritu del siglo, encontraba todavía tan violenta oposicion, que á duras penas pudo llevarse adelante. Solo la imponente actitud de Irlanda fué capaz de recabar una concesion tan disputada; solo la aterradora voz de O'Connell alcanzó á doblegar una terquedad, que se trasmitia como un funesto legado entre los gobernantes de la Gran Bretaña por espacio de tres siglos. En Rusia, donde al parecer debiera contentarse el gobierno con medios suaves que atenuasen el ascendiente del clero de esta comunión, guardándose de medidas que están en oposicion con el espíritu de tolerancia, tan general en este siglo, vemos, sin embargo, que son tantos los recelos que el autócrata ha concebido de que dicho ascendiente no contrarie sus miras, que no acierta á mantenerse en los límites señalados por la prudencia, y reclamados por su propio interés, y se arroja á un sistema de persecucion y de emulidad, que destruyen el reinado de aquel monarca. En Prusia, donde tanto prevalece en el gobierno el espíritu de moderacion y de templanza, donde se procura aliar el vigor y el orden de un gobierno absoluto, con la libertad que acompaña al representativo, allí, donde la tolerancia de cultos y el dilatado ensanche concedido á las discusiones religiosas y morales, deben de apartar naturalmente cuanto tiende á coartar la libertad de conciencia, notamos también con asombro la suspicacia del gobierno con respecto al clero católico, y sus deseos de neutralizarle y embarazarle la acción en cuanto sea posible, sin valerse de medios sobrado estrepitosos. Aun se ha llegado al extremo de recurrir á ellos, como en el ruido-

so asunto del arzobispo de Colonia; bien que los hombres que dirigen los negocios de aquel Estado, fueron bastante previsores para divisar los abismos á donde podia conducirlos una conducta semejante, y tuvieron prudencia para cejar en el peligroso camino en que se iban empeñando.

Estos ataques tan repetidos y tan recios contra la influencia del clero católico, revelan de una manera inequívoca el vigor de ella; pues que no se combate con un sistema tan sostenido sino lo que inspira mucho temor y recelos: y en verdad que este vigor, á mas de presentarse desde luego á la vista al reflexionar sobre los dogmas y disciplina de la Iglesia católica, se ofrece muy de bulto á la primera ojeada que se echa sobre la historia.

General como es este hecho, hácese empero notable de una manera muy singular en la historia de España, no siendo posible recorrer una sola de sus facetas, empezando á contar desde la invasion de los bárbaros, sin que se le encuentre donde quiera, cuando no en el lugar principal, al menos en un puesto muy señalado y preponderante. La decadencia y ruina del dominio romano en España, debía de llevar consigo, segun todas las apariencias, una desorganizacion tan completa en lo político y en lo social, que apenas se concibe cómo á tamaña catástrofe pudo sobrevivir la organizacion eclesiástica. Con sorpresa advierte el observador al recorrer las páginas de la historia de aquella época, que tan lejos estuvo la Iglesia española de quedar sumergida y anegada en las oleadas de aquella especie de diluvio, que antes bien se presenta desde entonces mas activa, mas enérgica, mas influyente, acrecentándose sus fuerzas á proporcion de la necesidad que de ellas tenia, y redoblando su accion y su celo, á medida que lo crítico y lo calamitoso de las circunstancias reclamaban con mas imperiosidad y mas urgencia, el apoyo de una institucion que habia alcanzado á salvarse en medio de tan espantosa tormenta.

Palpóse entonces cuánta ventaja llevan á las demas instituciones las que están basadas sobre la religion; todo se desmoronó, todo cayó al recio golpe de la invasion de los bárbaros, excepto la Iglesia y lo que en ella se apoyaba. ¿Qué se hizo de los generales del imperio, de sus ejércitos, de sus fortalezas? ¿Qué de los magistrados y de su autoridad? ¿Qué de la legislacion y del sistema administrativo? Todo se dispersó, se hizo trizas, cual endeble red que se opusiera al robusto empuje de un enorme cetáceo; y los hijos del Aquilon, sentados en un campo de trofeos, de ruinas y de sangre, no vieron en rededor suyo otra cosa en pie, que los altares, ni otras armas que no hubiesen quebrantado sino el báculo de los obispos.

¿Qué indica este fenómeno? indica el firme establecimiento que á la sazón tenia ya en España la religion católica; muestra que no era una cosa postiza importada por los emperadores cristianos, que no habia menester el sostén de la política, y que cuando le faltase el asilo material, podia encontrar otro mas seguro en el corazon de la mayoría de los españoles. La sangre de los mártires, tan copiosamente vertida en nuestro suelo, durante las persecuciones de los emperadores gentiles, no habia quedado estéril; y cuando la caída de la señora del mundo dejó huérfanos los pueblos, abandonados á sí mismos, espuestos á ser victimas del primer conquistador; cuando la España se vió inundada con las sucesivas irrupciones de las hordas del Norte, mostró la Iglesia nueva pujanza y brio, dominando con increíble serenidad la desencadenada borrasca.

Asombro causa ver entonces la influencia del clero, cuál se conserva, cuál se estiende y arraiga, á pesar de faltarle el apoyo que encontraba en la trabazon del imperio romano, y no obstante las contrariedades y persecuciones que tuvo que sufrir de la heregía arriana, dominante á la sazón entre los pueblos conquistadores. Cuánta debía de ser, aun bajo el dominio de dicha heregía, la influencia católica, échase de ver por los acontecimientos de la historia contemporánea; bastando á convencer de esto la para siempre memorable conversion de los godos, pues que no era posible, atendido el curso ordinario de los acontecimientos, que se verificase de una manera tan repentina como satisfactoria, en no suponiendo que la influencia del clero católico habia tenido de antemano tal incremento y grangeádose tal ascendiente, que predispuestos muy favorablemente los ánimos, no se necesitó otra cosa que la voluntad y determinacion del monarca para operar en el pueblo un cambio tan fundamental y extraordinario.

Despues de tan feliz y trascendental mudanza, encuéntrase la influencia del clero tan pujante y dominadora, que así el trono como los magnates, como el pueblo, todos á una están pendientes de los labios de aquellos grandes obispos, que mientras sostenian y arreglaban la disciplina eclesiástica, creaban una gran nacion, formando una sola masa de vencedores y vencidos, realizando y ennoblecendo á los pueblos conquistados, que enflaquecidos poco ha con una civilizacion muelle y caduca, tenian su frente hundida en el polvo y su corazon pegado á los goces brutales; amansando y civilizando á los bárbaros conquistadores, orgullosos de sus triunfos, y que conservaban todavia una buena parte de aquellos hábitos feroces que trajeran de sus selváticas guaridas, y fundando de esta suerte una monarquía tan grandiosa y espléndida, que si bien cayó al em-



puje de la invasion sarracena, presentó el inaudito fenómeno de renacer de sus ruinas, mas poderosa y brillante que no fuera en los tiempos de su antigua gloria.

Magnífico cuadro nos ofrecen las asambleas de Toledo ocupándose con profunda sabiduría en los negocios de la Iglesia y del Estado. Disputáse algunas veces si eran concilios ó cortes generales; ¿qué importa el nombre si estamos de acuerdo en lo que él significa? Si eran cortes cuando se ocupaban de los negocios civiles, estaban dirigidas por los obispos de tal suerte, que no se descubre ni una centella de inteligencia que no salga del seno de la Iglesia, ni un elemento de fuerza que no se apoye y radique en las doctrinas y el ascendiente de la Iglesia; no se ve que la sociedad dé un solo paso no recibiendo la direccion y el impulso de la misma Iglesia. Ella asegura á los monarcas sus prerogativas, los rodea de prestigio, robustece su autoridad y garantiza la inviolabilidad de sus personas y familias; ella protege los derechos de los pueblos, señalando un límite á las facultades de los monarcas y empleando su poder y sus riquezas para oponer un dique á la tiranía y á la opresion, amparando al desvalido y sosteniendo al débil; ella reforma la legislación, aprovechándose, á la verdad, de las luces del derecho romano, pero haciendo uso, sobre todo, de las sublimes máximas contenidas en el divino código del Evangelio; ella, por fin, hace de cien y cien pueblos un gran pueblo, creando ese espíritu de nacionalidad, que fugitivo de las orillas del Guadalete y guarecido en la cueva de Covadonga, se mantuvo tan entero, tan compacto, tan uno, que sin arredrarse por el colosal poderío de la Media Luna, peleó por espacio de setecientos años, sin desfallecer, sin cejar, sin darse por contento y satisfecho, hasta que hizo ondear el pendon cristiano en los torreones de Granada.

Repetidas veces se ha observado que la civilizacion española presenta un carácter peculiar que la distingue de las del resto de Europa; y con bastante generalidad se designa como una de las principales causas de este fenómeno, la política que ha dominado en nuestro pais desde los reyes católicos, y muy particularmente desde el entronizamiento de la casa de Austria. Se ha culpado incesantemente á nuestros monarcas por haber dejado que tomara tanto incremento la influencia del clero, no imitando la conducta de los gobernantes de otros Estados, que procuraron con todas sus fuerzas abatir la y quebrantaria. Sin entrar ahora en discusiones ajenas de nuestro objeto, cuales serian las en que se examinase el curso de la civilizacion española durante los tres últimos siglos, observaré á los que tanto insisten sobre los pretendidos desaciertos de dicha época, que ol-

vidan de una manera estraña la historia de nuestro pais, cuando señalan como propio y característico de uno de los períodos de ella, lo que es general á todos desde la invasion de los bárbaros. La rápida ojeada que acabamos de echar sobre los principales acontecimientos que se realizaron desde la caída del imperio romano, prueba hasta la evidencia la exactitud de esta observacion; pero se la puede apoyar mas y mas cotejando nuestra historia con la de otras naciones.

En efecto, despues de la invasion de los pueblos del Norte, si bien fué general la influencia de la Iglesia en suavizar las costumbres de los conquistadores, en mejorar la suerte de los conquistados, y en conducirlos á unos y otros por el camino de la civilizacion, en ninguna parte se nota que fuese tan eficaz y dominante la accion religiosa como en España; en ninguna parte se ve surgir de en medio del caos una nacion tan grande y poderosa (esclusivamente por obispos. Dad una mirada á las regiones del Norte, y veréis que allí prevalece el elemento bárbaro de una manera muy particular, resultando que la organizacion social se resiente de él en todas sus partes. Las costumbres feroces, la legislación con los caracteres de la barbarie, la fuerza de las armas erigida en árbitro de todo, despues el feudalismo en todo su auge y en toda su dureza; en una palabra, la sociedad de los pueblos conquistadores; bien que algun tanto modificada por la accion del tiempo, por el cambio de situacion, y sobre todo, por el suavizador influjo de las ideas religiosas.

En el Mediodía de Francia, y particularmente en Italia, se nota que los restos de la sociedad romana obran muy poderosamente sobre los de los pueblos invasores; verificándose, como era muy natural, que la civilizacion antigua se despegase mas difícilmente de un suelo donde alcanzara mayor arraigo. Por de pronto no dejaba de ser útil que la organizacion romana sobreviviese en Italia á la ruina del imperio, puesto que el gobierno y la administracion son una de las primeras necesidades sociales; pero andando el tiempo se palpó cuán poco sirve para crear nada grande y duradero todo lo que lleva en su propio seno la caducidad y la muerte. Jamas llegó á Italia á organizarse de manera que pudiese formar una gran nacion: ora bajo la fluctuacion de los pueblos invasores, ora bajo la tiranía de los emperadores de Alemania, ora bajo la anarquía de las repúblicas, ora bajo la prepotencia de la dominacion española, ó el protectorado de la casa de Austria; siempre ha mostrado la misma impotencia para formar un gran pueblo que figurase en la linea de las potencias europeas. Quizás, y por mas aventurada que sea es-

ta conjetura, quizás la causa de este fenómeno podría encontrarse en las excepcionales circunstancias que se combinaron en aquel país, para que después de la invasión no pudiese prevalecer con decisiva preponderancia, ninguno de los elementos que se hallaron confusos y revueltos en la cuna de la civilización europea.

No sucedió así en España, donde el principio religioso adquirió desde luego tanta pujanza y predominio, que lo sometió todo á su acción, creando una sociedad enteramente nueva y conforme, en cuanto lo permitían los tiempos, á la enseñanza de la religión cristiana. La legislación emanada de los concilios de Toledo se ha grangeado un renombre inmortal; y los amantes de la filosofía de la historia, le han hecho cumplida justicia, sean cuales fueren las prevenciones que hayan abrigado contra la religión y el clero. Desde aquella época la influencia religiosa ha figurado en primer puesto en la historia de nuestra patria; y las vicisitudes de tanto siglos no han bastado á borrar de la monarquía española el carácter que se le imprimió en la cuna.

He aquí donde buscarse debe la primera causa de que entre nosotros haya figurado siempre en primera línea el elemento religioso, y de que el feudalismo no haya tenido el arraigo y el poderío que en otras partes, y que la nobleza, las municipalidades y demás instituciones democráticas, y la monarquía misma, hayan ofrecido un sello propiamente español, y que mas ó menos semejante al de otros pueblos, se haya siempre conservado de manera que nunca pudiese confundirse ni equivocarse.

Recorred toda la historia de España y observadla en sus diferentes periodos, en sus variadas faces, y nada encontrareis que sea general, uno, capaz de formar un espíritu de nacionalidad, sino la religión. Todo se modifica, cambia, y á temporadas desaparece, excepto la religión: el poder de los reyes sufre alternativas: la aristocracia las tiene tambien: la democracia á veces no existe, á veces se muestra pujante y amenazadora; los diferentes pueblos y Estados cuyo agregado forma la monarquía española, se rigen por diferentes leyes, usos y costumbres; en nada se parecen en hábitos, en idiomas, en inclinaciones; nada vereis que pueda unirlos, ligarlos, hacer de ellos una nación de hermanos sino la religión; solo ella se conserva intacta, invariable, una, al través de tantos trastornos, mudanzas y variaciones: solo ella domina esa multiplicidad de elementos que difícilmente se avienen, y que á veces hasta se rechazan; solo ella triunfa de tantos obstáculos como se oponen á la creación de una verdadera nacionalidad, llegando á presentar al mundo asombrado la gigantesca monarquía de Fernando é Isabel.

Con la irrupción de los bárbaros desaparece la dominación romana: la sociedad española se halla entregada á la mas espantosa anarquía, quedando en confusa mezcla conquistadores y conquistados, sin mas ley que las armas, sin mas instinto de gobierno que la ambición de cien caudillos, sin mas objeto en los dominadores que la posesión y el repartimiento de la pingüe herencia que habia sido su presa; y he aquí que se presenta la religión como astro refulgente en pos de noche tenebrosa; y bastan sus solos resplandores para formar la monarquía goda, que no tiene igual en aquella época. Las armas sarracenas invaden el territorio español, las orillas del Guadalete miran cuál perece en el infamante trance la flor de nuestros guerreros; el monarca mismo no ha podido salvarse, y con su muerte espira la monarquía. Nada se opone á la triunfante marcha de las huestes de Muza, nada defiende á los pueblos cristianos de la repentina acometida de los nuevos invasores; todo se ha perdido, y no queda otro remedio que doblar humildemente la cerviz bajo la cimitarra de los sectarios de Mahoma.

¿Quién puede resistir á tamaña catástrofe, quién podrá ni siquiera concebir el pensamiento de que sea dable reorganizar la monarquía cristiana, rescatar los pueblos que gimen bajo la esclavitud sarracena, espulsar á los conquistadores y pasear triunfante el pendón cristiano en toda la circunferencia de la Península? Caber podría únicamente en el principio religioso toda la fuerza y brío necesarios para arrojar á tamaña empresa; y sin la firme esperanza en el Dios de los ejércitos, los héroes de Covadonga, refugiados en lo mas áspero de las montañas, en reducido número, sin recursos de ninguna clase, no pudieran, sin arreararse, dar una ojeada á la España, ocupada por innumerables enemigos, en el apogeo de su gloria y poderío, dominadores del Oriente y del Occidente; no pudieran, repetimos, tener bastante aliento para empeñarse en tan desigual lucha; no pudieran decir á los numerosos ejércitos que los asediaban por todas partes: "Nosotros os venceremos en cien y cien combates, trasmitiremos á nuestros hijos la obligación de haceros incesante guerra, y nuestros descendientes llegarán un día á espulsaros de un suelo que habeis usurpado y que profanais con vuestra presencia."

No conocemos en la historia de la humanidad un hecho semejante al que acabamos de indicar; nada mas á propósito para dar á comprender cuánta es la fuerza y energía entrañadas en el principio religioso-católico; nada que retrate mas al vivo de cuánto es capaz un pueblo que posea este precioso tesoro. Un entusiasmo pasajero, un arrojé de algunos instantes, bien se concibe que pue-

dimanar de muchas otras causas; pero la decision de un pueblo entero por espacio de ocho siglos, la transmision hereditaria del valor y de la constancia, pasando de generacion en generacion como el mas sagrado patrimonio, esto no puede nacer sino de un principio religioso: á tanto heroísmo no alcanza un pueblo á quien no impulsan otros motivos que los intereses de la tierra, á quien no sostiene otra esperanza que la fundada en los recursos humanos; solo se elevan á tanta altura aquellas naciones que miran al cielo declarado en su ayuda, que no confian en el número ni en el valor de los combatientes, y que simbolizan sus creencias en una enseña tan denodada como sublime: *Santiago y cierra España.*

Durante este largo periodo se presenta tan de bulto la religion dominando todos los otros elementos, que apenas se descubre alguno que no esté bajo su dependencia. La idea grande, fuerte, general, que impulsa la nacion entera en la lucha contra los moros, es la religion cristiana. Por ella hacen la guerra los reyes, por ella combaten como héroes los magnates, por ella se arroja á la muerte la turba popular, invocando la proteccion del cielo; por ella no se repara en peligros de ninguna clase, cuando se trata de abatir el estandarte odioso, cuya presencia en la Península se considera como un continuado ultraje á la enseña de los cristianos. ¿Queréis apreciar debidamente el espíritu de aquella época, deseáis comprender las causas que engendraron tanto heroísmo, trayendo una completa victoria á pesar de tantos obstáculos como oponian la tenacidad, el valor y la abundancia de recursos de los sarracenos? No andéis disecando con el aliento de una critica indiferente y fria los acontecimientos históricos y las leyendas populares; no os detengais á examinar minuciosamente las mas pequeñas circunstancias, cotejando escrupulosamente las fechas con el prurito de sorprender en fragante error la candidez de un cronista; reservad estos estudios para cuando os propongais simplemente la exactitud histórica, pero no os dejéis preocupar demasiado de ellos cuando sean vuestras miras mas elevadas, mas vastas, teniendo por blanco, no la cronología y el minucioso rigor de los acontecimientos, sino el formaros una idea clara y viva del espíritu que los producía y animaba. Entonces no serán á vuestros ojos cosas despreciables las leyendas prodigiosas en que se cebara la credulidad del pueblo; no mirareis como cosa de poco valer los sencillos cantares con que el cristiano vencedor se solazaba en sus triunfos recordando las gigantescas victorias en que se immortalizaran sus progenitores, no serán insignificantes á vuestra vista las narraciones de los portentos con que el cielo, tomando parte en la lucha, se complacia en alentar á los fieles decidiendo en

su favor encarnizadas batallas; hallareis en todo esto, sean cuales fueren vuestras creencias religiosas y vuestras opiniones históricas, un abundante caudal para formar juicio acertado sobre un periodo de la historia de España, que bien merece figurar entre los mas grandes y extraordinarios que se admiran en los fastos del humano linaje.

Se os ofrecerá la influencia religiosa en todas las fases de dicho periodo, dirigiéndolo todo, dominándolo todo. Quitad al sacerdote del lado del guerrero, y vereis cómo el brazo de éste se enerva, desfallece, cae; apartad á los obispos del consejo de los reyes, dejad que no se vea en la ciudad que van á conquistar la futura purificacion de una mezquita, la restauracion de una catedral, el restablecimiento de la religion, la libertad de los fieles que gimen bajo el yugo mahometano, y hallareis que los monarcas no acometen la guerra, no piensan siquiera en ella; y tranquilos ante el pendon enemigo que les está amenazando, inclinan de nuevo sus cervices bajo la prepotencia musulmana; apagándose el fuego del santo entusiasmo que se alumbrara allá en la misteriosa cueva donde se refugiara el invicto Pelayo. ¿Qué mas! Si en el pueblo bajado de las montañas de Asturias y que avanza intrépido hácia las orillas del Mediterráneo, prescindís un instante de la influencia religiosa, aquel pueblo desaparece, se disipa como un vano fantasma; porque carece de vida, de alma, y su existencia misma fuera una anomalia inexplicable, supuesto que faltando el motivo religioso que le mueve y empuja, ni aun concebirse cabe cómo pudo venirle á la mente la idea de empeñarse en lucha tan desigual, y cómo no prefirió el resignarse tranquilo á sobrelevar el yugo bajo el cual se habian doblegado tantas otras naciones, y del que no se habia podido sustraer la inmensa mayoría de sus hermanos en el resto de la Península.

Mucho nos engañamos si no se halla en la historia de este periodo otra de las razones del ascendiente que en los tiempos sucesivos ha tenido la religion entre nosotros; supuesto que no es dable que se borren tan fácilmente en un pueblo las ideas, los sentimientos, las costumbres, los hábitos, que arraigados desde antiquísimas épocas, se han estado sellando con sangre vertida en los combates por espacio de ocho siglos. Fuera de desear que no se olvidaran de esta reflexion cuantos estudian y escriben nuestra historia, y que se persuadiesen de cuán grave desacuerdo es, no diremos el separar de ella la religion, pero ni siquiera el tratarla con desconfianza ó mirarla con desvío; que esto equivale á falsear dicha historia, á dejarla sin vida, á borrarla.

Decidida completamente en favor de los cristianos la victoria con

la conquista de Granada, y formado el gran cuerpo de la monarquía española por la reunion de las dos coronas en el enlace de Fernando de Aragon con Isabel de Castilla, desplegóse la influencia religiosa con el vigor y lozanía que era de esperar en pos de tan señalado triunfo; ni á eclipsarla alcanzaron los deslumbrantes resplandores de la soberbia diadema donde se engastaban cual piedras de inestimable valor los dominios de nuevas provincias y nuevos mundos. Sosteníase con dignidad al lado de tanta grandeza, acrecentándose si cabe con el homenaje y acatamiento que le rendian los poderosos monarcas, tendiéndole amistosamente la mano, hasta en los negocios civiles y políticos, en ademán de solicitar su apoyo y de aprovecharse de sus fuerzas. No ignoramos cuanto se ha dicho pretendiendo probar que la influencia religiosa fué en aquella época, bajo diferentes aspectos, altamente dañosa y funesta; no nos empeñaremos en una cuestion que en otro escrito llevamos ventilada, y en cuya continuacion la ventilaremos todavía mas; solo nos proponemos recordar el hecho, consignarle aquí para que figure como le corresponde en el bosquejo que de la influencia religiosa vamos rápidamente trazando.

Mucho podria decirse sobre la influencia del clero en los últimos tiempos, comenzando á contarlos desde el principio de la revolucion de 1808; pero como este es un hecho que nadie ignora, y en cuya existencia todo el mundo conviene, por mas discrepancia que haya en los juicios que se forman sobre su naturaleza y efectos; y por otra parte, proponiéndonos examinarle mas detenidamente en uno de los próximos números, nos dispensaremos de darle cabida en este artículo, mayormente cuando notamos que ya va tomando mayor estension de la que le hubiéramos señalado. No queremos, empero, concluirle sin detenernos algun tanto sobre otra de las causas que segun hemos indicado, contribuye á proporcionar al clero católico tan duradera y poderosa influencia.

Dijimos que á mas de la independencia en el ejercicio de las funciones religiosas, tenia este clero la particularidad de mantener con la conciencia y la vida entera de los fieles, una comunicacion mas continua de lo que haya tenido otra religion cualquiera con la de sus respectivos sectarios. Comprenderemos mejor este carácter del Catolicismo, examinando por separado las varias y principales causas que á formarle contribuyen, y que en nuestro concepto pueden reducirse á las siguientes:

Primera. Unidad y firmeza del dogma.

Segunda. Decision, declaracion y enseñanza del mismo dogma, exclusivamente reservadas al clero.

Tercera. Sábia organizacion de la gerarquía eclesiástica.

Cuarta. Nervio de la disciplina.

Quinta. El celibato del clero.

Sesta. Vigilancia sobre las costumbres de los fieles, y el sistema de predicacion.

Séptima. Esplendor y magnificencia del culto.

Octava. Los sacramentos, y en particular el de la penitencia.

Procuraremos declarar con la claridad y precision posibles, los indicados puntos, señalando á cada cual la parte que le corresponde en crear esa influencia del clero católico, objeto de tan continuadas inectivas de los enemigos de la Iglesia. De esta suerte se echará de ver, que lo que se atribuye á intrigas mezquinas, está radicado en la misma naturaleza de las cosas, y es independiente de la voluntad de los hombres.

Señaladas ya las principales causas de donde dimanaba que el clero católico alcanzase mayor influencia sobre los fieles, que la que tienen sobre sus respectivos sectarios los ministros de otra religion cualquiera; indicando una, cual es la incesante comunicacion con la conciencia y la vida entera de los fieles; comunicacion cuyos motivos encontramos en la unidad y firmeza del dogma, decision, declaracion y enseñanza del mismo, exclusivamente reservadas al clero, sábia organizacion de la gerarquía eclesiástica, nervio de la disciplina, celibato del clero, vigilancia sobre las costumbres de los fieles, sistema de predicacion, esplendor y magnificencia del culto, y en los sacramentos, particularmente el de la penitencia. Vamos ahora á examinar rápidamente cada uno de estos puntos, haciendo ver cómo se ligan con el principal, que forma nuestro objeto.

*Unidad y firmeza del dogma.* Esta propiedad característica de la Iglesia católica, y que en vano se buscaría en ninguna de las otras religiones, ha debido de contribuir sobremanera á proporcionar al clero católico una influencia sólida y eficaz, donde quiera que haya podido establecerse esta religion divina. Cuando las creencias son diferentes, cuando varían á cada paso, cuando se las ve seguir el mismo flujo y reflujo de las opiniones humanas, teniendo por absurdo la generacion de hoy lo que reputaba como verdad la generacion de ayer; los ministros encargados de la enseñanza no pueden presentarse á los ojos de los pueblos como enviados de Dios; y por mas que procuren acreditar su mision con vanos esfuerzos, por mas que se empeñen en pretenderse legítimos sucesores de los que los precedieron, tráslácese siempre la tosca trama de la obra del hombre, cubierta con el velo de la hipocresia y de la mentira. Las preocupaciones, los hábitos, los intereses, la seduccion, la violencia

y otras causas semejantes, sostendrán mas ó menos tiempo el dominio de la impostura, cerrando los ojos á los pueblos para que no reciban la luz de la verdad; la Providencia, en sus inescrutables secretos, tendrá reservado para época mas ó menos lejana el que las víctimas del engaño salgan de las tinieblas y sombras de la muerte; permitiendo al genio del mal que las mantenga largo tiempo en el error, y no las haga salir de uno sino para precipitarlas en otro mas funesto; pero los alucinados sectarios, por mas ciegos que se los suponga, no dejarán de percibir algun tanto las inequívocas señales que siempre acompañan al error; no dejarán de sentir cuál se levantan repetidas veces en su espíritu vehementes sospechas sobre la verdad de lo que se les enseña; y no podrá menos de obrar á menudo sobre ellos la indestructible fuerza de aquel argumento: la verdad es una, lo que varia no es la verdad. La comunicacion doctrinal entre el ministro y el fiel, queda, ó rota ó muy lastimada, desde que la doctrina enseñada por aquel está sujeta á este ataque: serán á lo mas un maestro y un discípulo, no un enviado del cielo, y un hombre que recibe con acatamiento sus oráculos. Entonces las doctrinas y los motivos ó razones en que se las apoya, llegan con mas ó menos fuerza al entendimiento, producen mas ó menos conviccion; pero no se engendra de esta suerte la fé religiosa, no se cautiva el ánimo del oyente, no se le inspira aquella profunda veneracion con la cual, señoreado el espíritu, se humilla á la presencia de Dios, que se digna comunicarle los arcanos que en los siglos anteriores comunicara tambien á otras generaciones. El ministro de la religion tendrá menos este carácter que el de un filósofo mas ó menos sábio, que el de un hombre de bien mas ó menos celoso de la salud de aquellos á quienes se dirige; cosas impotentes para dejar en el entendimiento y en la voluntad aquella impresion fuerte, duradera, que no se borra al primer soplo, que levanta al hombre á una esfera mas elevada, y le dispone para el ejercicio de aquellas virtudes, cuya práctica vanamente se busca entre los que se alienan á medios puramente humanos.

¿Y qué veneracion puede inspirar un ministro que viene llamándose sucesor de otros, y sin embargo, enseña una doctrina muy diferente de la de éstos? ¿Qué importa que se apellide con el mismo nombre, que ocupe el mismo puesto, que disfrute las mismas prerogativas, y que la sociedad le haya otorgado las mismas ventajas? La veneracion religiosa no pende de la voluntad de los hombres, no se prescribe con decretos, no se alcanza con vana ostentacion; no se obtiene con el oropel de fascinadores títulos, ni se inspira con engañosas palabras; esta veneracion si ha de ser fuerte, profunda, perma-

nente, necesario es que dimanase de la verdad, constantemente enseñada, dado que este es un carácter que no puede ser largo tiempo remediado por la astucia del hombre. Hállase en esto la razon de la consideracion y respeto que en todas partes han inspirado á los pueblos los ministros de la religion católica; pues que su enseñanza de hoy, es su enseñanza de ayer, y ésta la de todos los siglos desde la fundacion de la Iglesia.

Y ni aun allí se interrumpe la cadena de la tradicion: el fiel que sigue atentamente al ministro de la religion en la enseñanza de los sagrados dogmas, se ve remontar todavía mas alto, se halla conducido á las épocas anteriores á la venida de Jesucristo; los principales acontecimientos que en las mismas figuras, los mira enlazados con las verdades que se proponen á su creencia, y subiendo de generacion en generacion, de siglo en siglo, encuentra la cuna de la religion cristiana en los primeros tiempos de la creacion, descubre el origen del misterio de la reparacion en el misterio de la caída del humano linage, y con esto al Hijo de Dios hecho hombre para satisfacer á la divina justicia y reconciliarnos con su Padre, y la fundacion de la Iglesia donde se consorvaran las augustas verdades que Dios ha querido comunicarnos, y donde se hallasen los medios por cuyo conducto se complace en inundar la tierra con los raudales de su gracia. Así la voz del ministro de la religion es el eco de la voz de los Apóstoles, que enseñan lo que oyeron de boca del mismo Hijo de Dios, quien á su vez era el cumplimiento de todas las profecías, la realizacion de todas las promesas, el término de todas las esperanzas; promesas y esperanzas que resonaron sin cesar en los anteriores tiempos, trasmitiéndose de profeta en profeta como una seña misteriosa que se halla á cada paso en la carrera de los siglos, para que el hombre pueda conocer los caminos de la infinita sabiduria.

El sacerdote católico no enseña lo que él ha inventado, sino que comunica lo que ha recibido; no es un filósofo, sino un enviado del Señor que lleva en una mano el depósito que se le ha confiado, mostrando en la otra los títulos que justifican la legitimidad de su mision.

Pero esto no seria bastante á producir completamente el indicado efecto, si todos los fieles tuviesen el derecho de decidir en materias de fé, y si el sagrado depósito anduviera en manos profanas espuesto á todo viento de doctrina. No se ligaria tan íntimamente la conciencia del fiel con la del ministro, si el primero no se viese precisado á recibir del segundo la enseñanza y la esplicacion del dogma, y si en las dudas que pudiesen ocurrir sobre estas materias, no estuvie-

se pendiente de los labios del sacerdote, *custodios de la ciencia divina* y órganos é intérpretes de la ley.

*Decision, declaracion y enseñanza del mismo dogma, exclusivamente reservadas al clero.* La constante separacion que se ha hecho en la Iglesia católica entre los ministros y los fieles, quedando á cargo de los primeros el enseñar los dogmas y la moral, y el resolver las dificultades que en este punto se suscitasen, ha contribuido sobremanera á ligarlos íntimamente; pues que no ha sido posible tener fé, ni por consiguiente pertenecer á la comunión católica, sin recibir de la boca del sacerdote continuas instrucciones. Esto engendra naturalmente la veneracion hácia el ministerio religioso, y establece una incesante comunicacion entre los que dan y reciben la enseñanza. De la propia suerte que el simple fiel se halla en continua relacion con su párroco, comenzando desde el catecismo que aprende en su infancia, hasta los últimos consejos en la hora de la muerte, así las parroquias enteras se hallan ligadas con respecto á sus obispos, de quienes reciben el pan de la divina palabra, ora por pastorales, ora por instrucciones verbales, ora por correspondencia epistolar; como todas las diócesis lo están con el Sumo Pontífice, á quien recurre el obispo siempre que alguna ocurrencia grave, alguna disputa reñida ú otra causa cualquiera, reclaman el auxilio de las luces de la cátedra de S. Pedro.

Para concebir cuánta es la fuerza de esa decision y enseñanza de los dogmas en producir una comunicacion incesante entre la cabeza y los miembros, y entre los ministros inferiores y los superiores, figurémosnos por un momento que cesa esta prerogativa divina, y que no diré cada fiel en su conciencia ni cada párroco en su parroquia, sino tan solo cada obispo en su diócesis se halla con facultad de decidir irrevocablemente todas las dudas que se ofrezcan sobre un punto de moral ó de dogma, sin que sea lícito apelar de este fallo al Sumo Pontífice; desde luego vemos desaparecer uno de los principales lazos que unen los miembros con la cabeza, desde luego se borran de la historia eclesiástica un sinnúmero de causas en que ha ejercido de una manera solemne la supremacía el sucesor de S. Pedro; desde luego vemos que cesa la comunicacion entre los obispos y el Papa, y que el primado de éste pasa á ser un título honorario sin ningun efecto en la práctica. Porque, bien claro es, que una vez roto el vínculo en lo tocante á los puntos de dogma, lo quedara tambien en cuanto á la disciplina; pues entonces se suscitaria al instante la cuestion sobre la potestad disciplinar, y cada obispo podria resolver que es de fé que los obispos son árbitros supremos en el arreglo de sus diócesis respectivas, y que las facul-

tades ejercidas por los soberanos pontífices eran usurpaciones sobre los derechos del episcopado. Así se ligan en la Iglesia unos puntos con otros; así se encuentran vínculos que muestran la dependencia de los miembros con la cabeza; así no es posible tocar en una parte del edificio, sin que todo se resienta y amenace ruina.

Si esta anarquía resulta por solo suponer que los obispos tuviesen, cada cual en su diócesis, un fallo irrevocable en materias de dogma y de moral, exclusivo de la autoridad pontificia, échase de ver á dónde iríamos á parar si cada párroco lo tuviese en su parroquia, y mucho mas, cada fiel en su conciencia. Desde entonces quedan hechos trizas todos los lazos que unen al sacerdote con el fiel, porque faltando el primero, que es el derecho de enseñanza, desaparecen por necesidad los demas. Y esta es la razon porque entre los protestantes ha debido aflojarse hasta tal punto la comunicacion de los ministros con el pueblo; pues que establecido el principio de la inspiracion privada, ó el del libre escámen, que al fin á lo mismo se reduce, destruida enteramente la autoridad doctrinal, se han encontrado naturalmente los ministros al nivel de los simples legos, y las separaciones que se han querido introducir han tenido siempre escasa consistencia, como que se hallaban en fragante contradiccion con la primera base de la llamada reforma.

*La sabia organizacion de la gerarquía eclesiástica,* modelo de buen gobierno, donde se encuentran todas las garantias de orden con las debidas precauciones contra todo linaje de arbitrariedad, donde la multiplicidad y complicacion de las relaciones se simplifica y desenlaza con la admirable unidad que les comunica su invariable centro, donde el fiel ve de una ojeada todos los trámites que ha de seguir para la aclaracion de una duda ó la resolucíon de un negocio, donde no se ve una autoridad aislada que ose obrar por su capricho, sin que se pueda exigirle la debida responsabilidad ante un legítimo superior, subiendo de unos á otros jueces hasta llegar al Sumo Pontífice, que ha recibido su autoridad del mismo Dios; esta organizacion, repetimos, ha hecho del clero católico ese cuerpo tan compacto, tan uno, cuyo semejante en vano se buscaria en todas las demas corporaciones que han existido. Desparramada por todo el universo la Iglesia católica, hubiera sido víctima de la mas espantosa anarquía, á no estar dotada por su divino Fundador de una organizacion tan robusta. La violencia de las pasiones, el choque de los intereses, los amaños de las intrigas, la desidia en el cumplimiento de los deberes, hubieran bien pronto destruido, enflaquecido, dividido ese inmenso cuerpo, que por su propia naturaleza se halla espuesto, mas que otro alguno, á la accion disolvente de innumera-